

De aquí nació la premura en desposeer inmediatamente al clero y entregarlo todo en manos de las municipalidades y de los distritos.

La Asamblea había prometido al clero un monstruoso presupuesto de un centenar de millones, y aceptándolos estaban inconsolables.

El arzobispo de Aix, en un discurso jeremiaco, lleno de lamentaciones infantiles, preguntó si es que había el propósito de arruinar á los pobres quitando al clero lo que le fué dado para los pobres. Después de esta paradoja defendió esta otra: «Que la bancarrota seguiría infaliblemente á esta operación, destinada á evitar la bancarrota.» Acusó luego á la Asamblea de haber puesto mano sobre lo espiritual, declarando nulos los votos, etc., etc.

Y finalmente llegó á ofrecer, en nombre del clero, un empréstito de 400 millones con la hipoteca de sus bienes, á lo cual Thouret respondió con su flemma normanda: «Ese ofrecimiento se hace en nombre de un organismo que ya no existe...»

Y luego agregó: «Cuando os ha enviado la religión al mundo os ha dicho: Id, prosperad y adquirid...»

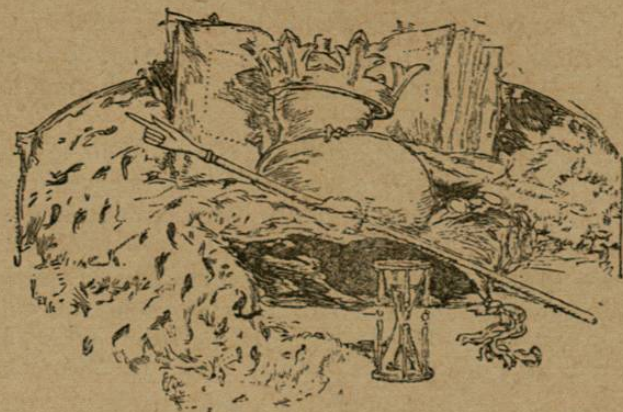
Había en la Asamblea un buen hombre llamado Gerle, de excelente corazón, corto de vista, entusiasta patriota, pero no menos buen católico. Creyó (ó probablemente se dejó persuadir por alguno del clero) que lo que atormentaba á los prelados era únicamente el peligro espiritual, el temor de que el poder civil tocara al santuario.

«Nada más sencillo—decía ingenuamente—que responder á los que dicen que la Asamblea no quiere ninguna religión ó que quiere admitirlas á todas en Francia, decretando: Que la religión católica, apostólica y romana es y será siempre la religión de la nación y que su culto es el único autorizado.» (12 de Abril de 1790.)

Carlos de Lameth creyóse obligado á decir que la Asamblea, que en sus decretos seguía el espíritu del Evangelio, no tenía ninguna necesidad de justificarse de este modo. Pero la cosa no concluyó aquí. El obispo de Clermont replicó aparentando extrañarse de que cuando se trataba de rendir un homenaje á la religión se deliberara, en lugar de responder con una aclamación de todos los corazones.

La derecha entonces se puso en pie y lanzó un viva.

Aquella noche los clericales se reunieron en los Capuchinos y prepararon, para el caso en que la Asamblea no declarara el catolicismo religión nacional, una violenta protesta que se llevaría solemnemente al rey y que se repartiría profusamente por toda Francia, para hacer saber al pueblo que la Asamblea nacional no quería ninguna religión.



## CAPITULO VIII

### Lucha religiosa —La contrarrevolución. (Mayo de 1790.)

Continuación.—La Asamblea elude la cuestión.—El rey no se atreve á recibir la protesta del clero (Abril).—Movimiento religioso en el Mediodía (Mayo).—El Mediodía siempre inflamable.—Antiguas persecuciones religiosas; Avignon, Tolón.—El fanatismo hábilmente reavivado.—Los protestantes siempre excluidos de las funciones civiles y militares.—Unanimidad de los dos cultos en 1789.—El clero reanima el fanatismo y organiza la resistencia en Nimes (Abril).—Connivencia de las municipalidades.—Asesinatos de Montauban (10 de Mayo).—Triunfo de la contrarrevolución en el Mediodía.

La proposición de aquel hombre ingenuo había cambiado por completo la situación.

De una época de discusión, la Revolución parecía haber entrado de pronto en un período de terror.

Dos terrores estaban enfrente. El clero tenía un argumento mudo, sobreentendido, formidable; mostraba á la Asamblea un monstruo, la guerra civil, el levantamiento inminente del Oeste y del Mediodía, el probable renovamiento de las antiguas guerras religiosas.

La Asamblea tenía en sí misma la fuerza inmensa, incontrastable de una Revolución lanzada con todo impulso, que debía revolverlo y reconstruirlo todo; de una Revolución que por órgano principal tenía la plebe de París.

A las puertas de la Asamblea rugía diariamente y se hacía oír y entender mejor que los diputados.

No había papel más hermoso que el del clero, por lo mismo que parecía llevar envuelto un peligro personal; este peligro lo salvaba. Todo prelado incrédulo, licencioso é intrigante, se encontraba de buenas á primeras llevado hasta la gloria del martirio, gracias á la agitación popular. Martirio imposible entonces, por las infinitas precauciones tomadas por el general Lafayette, tan popular en aquella época que, en pleno apogeo de su fama, era el verdadero rey de París.



El clero, en la posición que se había creado, tenía la ventaja de aparentar que lo sacrificaba todo por la fe. Interrogado hasta entonces por el espíritu del siglo, es él, ahora, quien soberbiamente pregunta: «¿Sois católicos?»

La Asamblea responde tímidamente, con un tono sospechoso, equívoco, que no puede responder; que respeta demasiado la religión para responder; que asalariando un solo culto, prueba demasiado, etc.

Mirabeau dice hipócritamente: «¿Es preciso decretar que el sol luce?...» Y otro agrega: «Creo á la religión católica la única verdadera; la respeto infinitamente...» Ya se ha dicho: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» «¿Y creeríamos nosotros confirmar sólo con un miserable decreto semejante frase, etc., etc.?»

D'Espremesnil arranca esta máscara con una frase violenta:

«Si—dijo;—cuando los judíos crucificaron á Jesucristo decían: ¡Salud, rey de los judíos!»

Nadie respondió á este terrible ataque. Mirabeau se calló y se recogió en sí mismo, como el león que prepara el salto sobre su presa. Después, aprovechando la ocasión de un diputado que citaba en favor de la intolerancia no sé qué rasgo de Luis XIV, exclama: «Si apeláis á la historia, no olvidéis que se ve desde aquí, que se ve desde esta tribuna la ventana en donde un rey armado contra su pueblo por execrables facciosos que cubrían su interés personal con el de la religión, disparó su arcabuz y dió la señal de la Saint-Barthélémy!»

Y señalaba á la ventana con el dedo y con la vista. Era imposible verla desde allí; pero Mirabeau creía verla, en efecto, y todo el mundo la vió...

El golpe estaba bien dado. Lo que el orador revelaba era precisamente lo que el clero quería hacer. Su plan era llevar al rey una protesta violenta, que hubiera armado á los creyentes y que hubiera puesto el arcabuz en manos del rey, para que disparara el primero.

Pero Luis XVI no era Carlos IX. Muy sinceramente convencido del derecho del clero, hubiera aceptado el peligro por cuanto creyera la salvación de la religión. Mas le detenían tres cosas: su indecisión natural, la timidez de su ministerio, y sobre todo, sus temores por la vida de la reina, el terror del 6 de Octubre, cada día renovado ante aquella multitud inquieta, amenazadora, que veía desde su ventana. A toda resistencia del rey, parecía estar en peligro la reina. Ella misma tenía, desde mucho antes, otros puntos de vista, otras esperanzas, muy lejanos de la acción del clero.

Así se respondió en nombre del rey, que si la protesta era llevada á las Tullerías, no sería aceptada.

Se ha visto cómo el rey, en Febrero, desalentaba á Bouillé, á los oficiales y á la nobleza. En Abril, su negativa de apoyar al clero le hubiera quitado todo valor, si el clero pudiera perderlo cuando se trataba de sus bienes.

Maury dijo con furor que sabría Francia en qué manos estaba la realza. Les quedaba el medio de obrar sin el concurso del rey. ¿Obrar con la nobleza? El clero no podía contar mucho con su ayuda. Conservaba la nobleza los grados que tenía en el ejército; pero no estando segura del soldado, temía llegase el momento de pelear. Además, estaba menos impaciente y era menos belicosa que los soldados.

El agente del clero en Nimes, á pesar de haber obtenido una orden escrita del conde de Artois, no podía decidir al comandante de la provincia á que le abriese el arsenal para coger armas.

El asunto corría mucha prisa. Las grandes federaciones del Ródano habían levantado el país. La de Orange había llegado en Abril al colmo del entusiasmo. Avignon, olvidada de que pertenecía al Papa, envió á Orange su delegación con todas la ciudades francesas.

Un momento más y nada se hubiera podido hacer. Si Avignon, si Arles, si las capitales de la aristocracia y el fanatismo, con las cuales se amenazaba siempre, se hacían revolucionarias, la contrarrevolución, estrechada por Marsella y Burdeos, no tenía nada que esperar.

La explosión debía tener lugar en aquel momento ó nunca.

Serían incomprensibles estas erupciones de los viejos volcanes del Mediodía si no se sondeara su fondo siempre hirviente. Las llamas infernales que allí se encendieron tantas veces, llamas contagiosas, parecen haber ganado el suelo mismo, de modo que incendios desconocidos corren siempre bajo la tierra. Es como las hogueras del Aveyron. El fuego no está en la superficie, pero hundís vuestro bastón en aquella tierra rojiza y sale humo y luego fuego; son llamas del infierno que duerme bajo vuestros pies.

¡Pueden amortiguarse, desaparecer los odios!... Pero es preciso que queden los recuerdos, que tantas desgracias y sufrimientos no sean perdidos para la experiencia de los hombres. Es preciso que la primera, la más santa de nuestras libertades, la libertad religiosa, se fortifique y reviva ante las afrentosas ruinas que ha dejado el fanatismo.

A falta de los hombres, hablan las piedras. Dos monumentos, sobre todo, merecen ser objeto de una frecuente peregrinación, los dos opuestos, ambos instructivos: uno infame, otro sagrado.

El infame es el palacio de Avignon, la Babel de los papas, la Sodomía de los nuncios, la Gomorra de los cardenales.

Palacio monstruo que cubre toda la cima de una montaña con sus torres obcenas; lugar de voluptuosidad y de tormento, donde los curas demostraron á los reyes que apenas saben nada de las vergonzosas artes del placer.

La originalidad de su construcción consiste en que los lugares de tortura no están lejos de las alcobas lujuriosas, de las salas de baile y de festines, donde se hubiera podido escuchar bien entre los cantos de amor y las carcajadas de la embriaguez los alaridos y lamentos de los atormentados...



La pruíencia sacerdotal sólo había cuidado de una sabia disposición de los muros, preparados para absorber todos los ruidos.

La soberbia sala piramidal donde se encendía la hoguera (figuraos un cono vacío de sesenta pies), es una maravilla acústica; nada se oye fuera de ella. Solamente el olor de la grasa podía indicaros el lugar en que se quemaba carne humana.



DANTON

El otro lugar, santo y sagrado, son las galeras de Tolón, el calvario de la libertad religiosa, el lugar donde murieron lentamente bajo el látigo y el palo los confesores de la fe, los héroes de la caridad.

Recuérdese que muchos de estos mártires, condenados á perpetuos trabajos forzados, no eran protestantes, sino hombres caritativos, acusados de haber facilitado la fuga de los protestantes.

Bajo Luis XV, estos hombres eran vendidos como esclavos. Por un precio moderado (tres mil francos) podía comprarse un condenado á galeras. M. de Choiseul, para captarse la voluntad de Voltaire, le envió uno como regalo exquisito.

Este horrible código, que el Terror copió sin poder llegar á superarlo, arma á los hijos contra sus padres, dándoles sus bienes, de modo que el hijo codicioso está interesado en tener á su padre en Tolón.

Es curioso ver á la Iglesia, la *dulce paloma gimiante*, gimiendo en 1682, cuando se acababa de arrancar sus hijos á las madres heréticas... ¿Gemía para librarlos?... No; para que el rey encuentre leyes más eficaces, más duras... ¿Y cómo encontrar jamás una más dura que aquella?

A cada asamblea del clero la paloma sigue gimiendo. Y todavía, bajo Luis XVI, cuando se deja arrancar por el espíritu del tiempo aquel hermoso privilegio que excluye á los protestantes de toda función pública, el clero dirige al rey nuevos gemidos, por medio de un sacerdote ateo, de Loménie.

Lleno de respeto y de emoción penetro en las galeras de Tolón. Busco la huella de aquellos mártires de la religión y de la humanidad, matados á fuerza de brutales tratamientos, por haber tenido un corazón de hombre, por haberse entrometido á defender la inocencia, por haber escuchado y cumplido la palabra de Dios.

¡Ah! Nada. No queda nada de aquellas galeras atroces y soberbias, doradas y sangrientas, más bárbaras que las de los berberiscos, más que el vergajo que arrancaba sangre en las espaldas de aquellos santos...

Los registros mismos donde se consignaban sus nombres, han desaparecido la mayor parte. En lo poco que queda no hay más que sacar indicaciones, la entrada, la salida; y la salida es casi siempre la muerte... La muerte que llega más ó menos pronto, indicando así los grados de resignación ó desesperación...

Brevedad terrible; dos líneas para un santo; dos ó tres para un mártir... No se han anotado los lamentos, las protestas, las apelaciones al cielo, las oraciones mudas, los psalmos cantados quedamente entre las blasfemias de los ladrones y los asesinos... «¡Consuélate! las lágrimas de los hombres se graban para la eternidad en piedra y en mármol», ha dicho Cristóbal Colón.

¿En piedra? No, en el alma humana. A medida que estudio, veo con consuelo que, en verdad, estos mártires oscuros han dado su fruto, fruto admirable; el mejoramiento de los que los vieron ú oyeron, el enternecimiento de los corazones, el endulzamiento del alma humana en el siglo XVIII, el horror creciente del fanatismo y la persecución.

Poco á poco se logró que no encontraran gente capaz de aplicar aquellas bárbaras leyes.

El intendente Lenain (de Tillemont), ascendiente de jansenista ilustre, obligado á condenar á muerte á uno de los últimos mártires protestantes, le decía: «¡Ah! señor, estas son órdenes del rey.» Y comenzó á llorar; el condenado le consuela.

El fanatismo moría por sí mismo. Costó gran trabajo, de momento,



á los políticos reavivarlo. Cuando el Parlamento, acusado de incredulidad, de jansenismo, de antijesuitismo, aprovechó la ocasión de Calas para rehabilitarse; cuando, de acuerdo con el clero, remueve en el fondo del pueblo los antiguos furores, los encontraron completamente adormecidos.

Fué necesario para despertarlo formar cofradías, generalmente compuestas de gentecillas que, como mercaderes y criadas, eran clientes del clero. Para alborotar el espíritu del pueblo, para enfurecerlo y *ensalvarlo* se hizo como en las carreras, se puso á la bestia encima de la piel un carbón encendido... El carbón, aquí, fué una comedia atroz, afrentosa. Los *hermanos blancos* con su siniestro vestido, cuya capucha les cubría el rostro, dejando sólo dos agujeros para los ojos, hicieron unos funerales al hijo que Calas había matado, según decían, para impedirle abjurar.

Sobre un catafalco enorme se veía entre los cirios un maniquí, un esqueleto movido por resortes, que en una mano tenía la palma del martirio y en otra una pluma para firmar la abjuración de la herejía.

Sabido es que la sangre de Calas cayó sobre los fanáticos, y conocida es la excomunión que lanzó sobre los asesinos, los falsos jueces y los falsos sacerdotes, Voltaire, el anciano pontífice de Ferney. Aquel día, verdaderamente enloquecidos, comenzaron los clericales á descender de cabeza, dando volteretas, la pendiente por donde se habían lanzado.

Y la víspera, con gran trabajo, al borde mismo del abismo, la realeza se decidió á ser humana. Apareció un edicto (1787) en que se reconocía que los protestantes eran hombres y se les permitía nacer, casarse y morir. Por lo demás, no reconocidos como ciudadanos, excluidos de las funciones civiles, no podían ni administrar, ni juzgar, ni enseñar, y como único privilegio se les obligaba á pagar los impuestos, á pagar á su perseguidor el clero católico, á mantener con su dinero el altar que los maldecía.

Los protestantes de las montañas se dedicaban al cultivo y los de las ciudades á lo único que les era permitido, al comercio, y cuando se iban asegurando algo, se dedicaban á explotar pequeñas industrias.

Tratados baja y duramente, alejados de todos los puestos y de toda influencia, excluidos muy especialmente desde hacía cien años de toda posición militar, no se parecían ya en nada á los hugonotes del siglo XVI; el protestantismo había venido á ser nuevamente lo que fué en sus comienzos, industrial y comercial. Exceptuando á los Cenevols, los protestantes, en general, poseían pocas tierras; sus riquezas, considerables ya en aquella época, eran casas y fábricas; pero especialmente riquezas mobiliarias, de las que pueden transportarse fácilmente.

Los protestantes del Gard eran en 1789 poco más de cincuenta mil (como en 1798 y en 1840; el número varía poco), muy débiles por lo tanto, solitarios y sin relaciones con sus hermanos de otras provincias,

perdidos como un punto, un átomo, en medio de un océano de católicos, que se contaban por millones. En Nimes, la única ciudad donde los protestantes estaban reunidos en gran número, eran seis mil hombres enfrente de veintiún mil de la otra religión. De estos seis mil, tres ó cuatro mil eran obreros de fábricas, raza mal sana y humilde, miserable, esclavizada como el obrero lo está en todas partes.

Los católicos trabajaban en su mayoría la tierra; el clima demasiado dulce permite este trabajo en todas las estaciones. Muchos de ellos tenían en propiedad pedazos de tierra y al mismo tiempo cultivaban para el clero, la nobleza y los grandes burgueses católicos, apoderados de toda la propiedad.

Los protestantes de las ciudades, instruidos, moderados, serios, encerrados en su vida sedentaria, entregados á sus recuerdos, teniendo en cada familia mucho que llorar y no poco que temer, eran una población infinitamente poco aventurera y poco confiada á la esperanza.

Cuando vieron amanecer aquel hermoso día de la libertad, la víspera de la Revolución, apenas se atrevieron á esperar. Dejaron á los nobles y á los parlamentos avanzar hábilmente y hablar en favor de las ideas nuevas; generalmente se mostraron silenciosos y apartados, porque sabían perfectamente que para detener la Revolución, para anularla, hubiera bastado que se les viese expresar su adhesión á ella.

Al fin la línea divisoria se rompe. Los católicos—digámoslo en honor suyo—la gran masa de los católicos, se alegraron de ver á los protestantes convertidos en iguales, en hermanos suyos.

La unanimidad encantadora que reinó entonces fué digna de que Dios detuviera su mirada sobre la tierra para verla. En muchos lugares los católicos fueron al templo de los protestantes y se unieron á ellos para dar gracias á la Providencia, y en otras partes los protestantes asistieron al *Te-Deum* católico. Por encima de todos los altares, de todos los templos, de todas las iglesias, una sola oración se alzaba al cielo...

El 14 de Julio fué recibido en el Mediodía y en toda Francia como la liberación de Dios, como la salida de Egipto; el pueblo había franqueado el mar y, llegado á la otra orilla, entonaba su himno de alabanza. No había entre protestantes y católicos ninguna diferencia; todos eran franceses.

Sin idea preconcebida, sin que se pensara en ello, el comité permanente que se organizó en todas las ciudades fué mixto de las dos religiones, é igualmente fué mixta la milicia nacional.

Los oficiales fueron, por regla general, elegidos entre los católicos, porque los protestantes, extraños al servicio militar, no hubieran podido mandar la tropa. En cambio constituyeron casi toda la caballería, puesto que muchos, por las necesidades del comercio á que se dedicaban, tenían caballos.

Pasaron dos, tres meses y entonces se avisó á Nimes y á Montanban que formaran nuevas compañías, exclusivamente católicas.